

—¡Monseñor, por amor de Dios!... Se trata de mi pobre marido, el presidente de aguas y bosques...

—¿Y qué es lo que le sucede á vuestro pobre marido? Será la cancion de todos los dias, ¿no ha pagado lo que debe?

—Al contrario, monseñor, lo ha pagado todo, puesto que ha muerto.

—¡Corriente! así estará más tranquilo; ¿creeis que yo puedo resucitarle?

—¡Ay, nó, monseñor! pero es que está allí, bajo un montoncillo de yerba...

—¿Y qué?

—¡Monseñor! que hay muchos montoncillos de yerba y que no se diferencian en nada unos de otros...

—¿Y qué quereis que yo le haga?

Parecia una mujer anciana, y sin embargo era jóven. Llevada de su profundo dolor, cruzaba sus descarnadas manos, ó las colocaba suavemente sobre la ventanilla del carruaje, como si la pesada máquina tuviese algo de humano y pudiera ser sensible á sus caricias.

—¡Monseñor... escuchadme... leed mi memorial!... Mi marido ha muerto de miseria, como otros muchos... somos tantos los que ayunamos...

—¿Creeis que yo puedo alimentaros?

—Dios lo sabrá, monseñor; pero no es eso lo que yo pido, sino una cruz de madera con el nombre de mi pobre marido para colocarla sobre su fosa y poder saber en dónde está; de otro modo, ese lugar se olvidará bien pronto y nadie podrá descubrirlo cuando yo muera; esto sucederá dentro de muy poco—el hambre no nos perdona—y entonces me enterrarán bajo otro monton de yerba; ¡y hay tantos montones de estos, monseñor! ¡son tantos los muertos y tan espantosa la miseria! ¡Yo os lo ruego, monseñor!... yo os lo suplico!

El lacayo la habia separado de la portezuela; la car-

roza, cuyos postillones aceleraban el paso, se alejaba rápidamente, y el noble personaje, conducido nuevamente por las furias, veia disminuir por minutos la distancia que le separaba de su castillo.

Los perfumes de la noche se elevaban sobre su camino y se esparcian como una especie de lluvia sobre el grupo de hambrientos llenos de polvo y de harapos, que rodeaban la fuente. Estos continuaban escuchando la historia del espectro, referida con todos sus detalles por el peon caminero, que no dejaba un momento de la mano su gorro de algodon. Dispersáronse, por último, y todos penetraron en sus respectivas casas; brillaron débilmente algunas luces á través de las ventanas del pueblo; las ventanas quedaron completamente á oscuras cuando las estrellas comenzaron á brillar, y parecia que en vez de apagarse la claridad de las chozas habia subido á los cielos.

A todo esto, una inmensa morada, cuyos tejados se elevaban por encima de una espesa enramada, cubria con su sombra la carroza del marqués. Una antorcha dispipó las tinieblas, abrióse una gran puerta, y el señor del pueblo entró en su castillo.

—¿Ha vuelto de Inglaterra Mr. Carlos Darnay? preguntó el gentilhombre.

—Nó, monseñor, todavía nó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO IX.

### La cabeza de Medusa.

El castillo del señor marqués era un vasto edificio sólidamente construido; un monton de piedras ante el cual se extendia un inmenso pátio de honor, rodeado de pie-

dra sillería, y en este pátio dos grandes escaleras de piedra que se unían en forma de herradura sobre una azotea de piedra, en la cual se hallaba situada la puerta del castillo.

Allí no se veía más que piedra: las ornacinas, las balustradas, las flores, las cabezas de hombre, de león y de otros animales que adornaban las fachadas, todo era de piedra. Hubiérase dicho que á fines del siglo xvi, cuando acababa de concluirse el edificio, la cabeza de Medusa había paseado por allí su funesta mirada.

El marqués, precedido de una antorcha, que turbaba suficientemente las tinieblas para excitar las quejas de un buho instalado en el alero del tejado viejo de una antigua casa, subió los grandes peldaños que conducían á la azotea. El aire estaba tan profundamente en calma, que no agitaba la antorcha que precedía á monseñor, ni la que le guardaba á la puerta del castillo.

Excepcion hecha del canto del buho y del murmullo de una fuente cuya agua se precipitaba en un receptáculo de piedra, no se oía absolutamente ningun ruido; era una de esas tenebrosas noches que retienen su palpitante soplo y lanzan de tarde en tarde un suspiro, reprimido inmediatamente.

La puerta principal volvió á cerrarse con gran estrépito, y monseñor se halló en una gran sala adornada con antiguos venablos, enormes espadas y numerosos cuchillos de caza que inspiraban gran horror al ver ciertos látigos con correas de cuero, cuyos sangrientos golpes habían herido infinidad de aldeanos, antes de que éstos se hubiesen reunido con la Muerte, que era su única bienhechora.

Evitando los salones en que no había luz, el marqués llegó al piso principal, atravesó una puerta situada en un corredor y penetró en sus habitaciones particulares: grandes salones profusamente dorados, tales como cor-

respondían á la posición de monseñor en un siglo y en un país de lujo.

El estilo del tiempo de Luis XIV predominaba en el rico mueblaje, que alternaba sin embargo, con una infinidad de objetos preciosos, cuyo origen se relacionaba con las antiguas páginas de la historia de Francia.

En la última de estas habitaciones, pequeña rotonda que ocupaba una de las torrecillas situadas en los cuatro ángulos del castillo, hallábanse preparados dos cubiertos. La ventana estaba abierta, pero con las persianas echadas, y la noche sólo se revelaba por las rayas negras que alternaban con las tablillas de color ceniciento.

—Me han dicho que mi sobrino no había llegado aún, dijo el marqués dirigiendo una mirada á la mesa.

—Creíamos que llegaría con monseñor.

—Supongo que no vendrá esta noche; sin embargo, dejad ahí su cubierto. Yo volveré por aquí antes de veinte minutos.

Apenas habían trascurrido dichos veinte minutos, cuando monseñor se sentó á la mesa dispuesto á hacer los honores á una cena suntuosa y delicada. Acababan de llevarse la sopa. El señor marqués tenía en la mano un vaso de vino de Burdeos, pero en vez de aproximarle á sus labios volvió á dejarlo sobre la mesa.

—¿Qué ha ocurrido ahí? preguntó mirando á la ventana que se hallaba enfrente de él.

—¿En dónde, monseñor?

—Ahí fuera; abrid las persianas.

—No veo nada, monseñor; fuera de las ventanas no hay más que la noche y los árboles.

—Bueno, cerrad.

Cerráronse las persianas, y monseñor continuó su cena. Estaba en el asado, cuando se detuvo nuevamente, con el vaso en la mano, al oír el ruido de un carruaje.

—Preguntad quién es, dijo.

Era el sobrino del señor marqués. Había hecho todo lo posible por alcanzar la carroza de su tío, pero no había podido cambiar de tiro hasta el momento en que el señor marqués penetraba en el castillo.

Dijéronle, de parte de monseñor, que la cena estaba dispuesta y que su tío le aguardaba. Un momento después, el sobrino del marqués entraba en el gabinete de la torrecilla.

El señor marqués le recibió con mucho agasajo, pero no le dió la mano.

—¿Habeis salido ayer de París, caballero? preguntó el jóven sentándose á la mesa.

—Ayer por la mañana. ¿Y vos, caballero?

—Yo he venido directamente.

—¿De Lóndres?

—Sí, señor.

—Mucho habeis tardado en venir, dijo el marqués sonriendo.

—Al contrario, no me he detenido ni siquiera una hora.

—No me refiero al tiempo que habeis tardado en hacer el viaje, sino á la poca prisa que os habeis dado en poneros en marcha.

—Me he visto obligado á detenerme por... diferentes negocios, respondió el jóven con cierta vacilacion.

—No lo dudo, replicó el marqués con mucha cortesía.

Mientras el criado sirvió la cena, no hablaron una palabra más. Pero cuando quedaron solos, después de servirles el café, Cárlos miró á su tío, y reanudó la conversacion.

—Como comprendereis perfectamente, dijo, he vuelto con el propósito de continuar el asunto que me llevó á Inglaterra. La insistencia que he empleado en todo esto me ha puesto en un peligro tan grande como inesperado. Continuaré sin embargo, esta empresa, que para mí es sagrada; si me conduce á la muerte, creo que el sentimiento

que me la inspira me sostendrá hasta mis últimos momentos.

—¿Y á qué hablar de la muerte? eso es una exajeracion.

—Supongamos que no hay exajeracion, caballero; yo os pregunto, si en el momento fatal me hubiérais tendido la mano para socorrerme.

El tío dió mil seguridades de ello á su sobrino con un gesto lleno de cortesía, pero era indudable que aquella protesta sólo era una simple fórmula de urbanidad, que nada tenia de tranquilizadora.

—Supongamos más aún, prosiguió el jóven; segun he podido comprender, parece ser que vos mismo habeis contribuido á hacer sospechosas las difíciles circunstancias en que yo me hallaba.

—No por cierto, dijo el marqués con suma amabilidad.

—De todos modos, repuso el sobrino mirando con desconfianza á su tío, sé que hareis todo cuanto esté de vuestra parte para impedir que yo logre mi objeto, y sé tambien que nunca habeis sido escrupuloso en la eleccion de los medios.

—Eso os lo he dicho hace mucho tiempo, respondió monseñor con visible disgusto; hacedme el obsequio de recordarlo, querido sobrino.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Os lo agradezco muy de veras.

La voz del marqués dejaba en el aire una prolongada vibracion, como la de un instrumento armonioso.

—Creo, efectivamente, continuó el jóven, que debo á mi buena estrella, y sobre todo á vuestra mala fortuna, el no hallarme encerrado en alguna prision francesa.

—No os comprendo, dijo el tío disolviendo el azúcar en el café: ¿quereis hacerme el obsequio de explicaros con mayor claridad?

—Quiero decir que si no fuéreis tan mal mirado en la

corte, y si no hubiéseis abusado tanto de ella, os hubiérais procurado ya una orden de prision para encerrarme por tiempo ilimitado en alguna fortaleza.

—Puede que si, dijo el marqués con mucha calma; puede que hubiera hecho eso para salvar el honor de la familia; dispensadme si abrigo semejante propósito.

—He tenido la suerte, dijo el jóven, de que en la recepcion de anteayer os hayan recibido con la excesiva frialdad de siempre.

—No sé yo hasta qué punto podreis alegraros de eso, respondió el tío con una exquisita finura; las ventajas de la soledad y la ocasion que se os hubiera facilitado para reflexionar sériamente, hubieran podido influir en vuestro porvenir de un modo mucho más favorable de lo que podeis figuraros. Pero es inútil que hablemos de esto; estoy, como decis, bastante desairado en la corte. Hoy sólo se conceden al interés y á la importunidad los medios de correccion que en otros tiempos auxiliaban á las familias para afirmar su poder y conservar su honor. Hay tantas peticiones, que el número de los favorecidos es relativamente muy corto. No sucedia así en otros tiempos, pero todo ha cambiado en Francia. Nuestros antepasados eran dueños de vidas y haciendas en sus dominios. ¡Cuántos rústicos han salido de este castillo para ser ahorcados! Ya sabeis que en esa habitacion inmediata, que hoy me sirve de dormitorio, fué asesinado uno de esos bergantes por la insolente delicadeza de que hacia alarde con respecto á su hija. ¡Su hija! Cada dia vamos perdiendo alguno de nuestros privilegios. Hoy se ha puesto de moda una nueva filosofía, y es verdaderamente imposible que uno pueda sostener su rango. Esto se vá poniendo mal, muy mal.

El marqués, al decir estas palabras, sacó su caja de rapé, tomó un polvo con exquisita elegancia y movió la cabeza con aire inquieto, sin desechar, sin embargo, toda esperanza de que llegase á regenerarse el país

que tenia la dicha de contar con un individuo como él.

—Nosotros hemos sostenido tan perfectamente el rango de nuestra familia en estos últimos siglos, dijo el sobrino con voz sorda, que no creo que pueda haber en Francia un nombre más aborrecido que el nuestro.

—Si lo creo, respondió el tío; el pueblo ódia á los grandes sin poderlo remediar.

En todos estos contornos, prosiguió el jóven con el mismo tono de ántes, no hay una sola persona que no me mire con el temor y la bajeza de un esclavo.

—Eso es una lisonja para la familia, un merecido elogio por lo bien que ha sabido sostener su grandeza.

El marqués aspiró lentamente una nueva dosis de rapé y cruzó una pierna sobre otra. Pero cuando el jóven, con el codo apoyado sobre la mesa, se llevó la mano á la frente y ocultó con ella sus ojos, la mirada traidora y cruel de monseñor se fijó en él reflejando un odio que desmentia claramente el aire despreocupado del noble personaje.

—La sujecion, dijo, es la única filosofía verdadera y permanente; el temor del esclavo es saludable, amigo mio, y el látigo obligará á nuestros perros á la obediencia mientras subsistan los muros de este castillo.

Esto podia suponer mucho ménos tiempo de lo que el marqués se figuraba. Si le hubiesen enseñado aquel castillo algunos años más tarde, ni siquiera hubiera podido reconocer sus ruinas, mezcladas á las de tantos otros, deshechos por el hierro y por el fuego.

—Entre tanto, continuó el marqués, yo cuidaré del reposo y del honor de la familia, que tan poco os importan. Pero debeis estar cansado, y no quisiera aumentar vuestra fatiga prolongando nuestro diálogo.

—Tened la bondad de concederme algunos minutos.

—Una hora, si así lo quereis.

—Hemos obrado mal, repuso el sobrino, y ahora estamos tocando las consecuencias.

—¿Que hemos obrado mal? repitió el marqués sonriendo.

—Hablo de nuestra familia, cuyo honor nos preocupa á entrambos, aunque de un modo muy diferente. Aun en vida de mi padre, hemos hecho toda clase de disparates insultando y vejando á cuantas personas podían oponer algun obstáculo á nuestros placeres; ¿qué necesidad tengo de recordarlo? esta vida ha sido la vuestra; ¿no érais el hermano gemelo de mi padre, su coheredero de los títulos y de los bienes de la familia y el que se aprovechó de su sucesión?

—¡La muerte lo ha dispuesto así! dijo monseñor.

—Ella me ha dejado desarmado enfrente de un sistema odioso, al cual me hallo fatalmente ligado, del cual aparezco responsable, y contra el cual no me es posible hacer nada; ella es quien me ha dejado tratando incesantemente de ejecutar la última voluntad de mi madre y de obedecer su última mirada que me suplicaba tuviese compasión é hiciese justicia. ¡Ah! ¡qué tormento tan grande es el carecer de recursos y no hallar en ninguna parte el auxilio que se reclama!

—Si pensais obtenerlo de mí, podeis desde luego desechar semejante idea, querido sobrino.

El señor marqués, de pié entonces al lado de la chimeña, miró al jóven con frialdad y perfidia, sin abandonar, no obstante, la aparente calma de su pálido rostro; y tocando con el índice el pecho de su sobrino, como si la extremidad de su dedo blanco y delgado hubiese sido la punta de una espada amenazadora:

—Amigo mio, dijo, pienso morir sosteniendo el orden de cosas en que siempre he vivido.

—Apoyó estas palabras aspirando fuertemente una nueva dosis de rapé y guardándose la caja en el bolsillo.

—Mejor sería dar pruebas de cordura y aceptar la suerte que el cielo os ha deparado, continuó el marqués tirando

de la campanilla; pero si no me equivoco, creo que vuestra perdición no tiene remedio.

—He perdido las tierras de ese señorío del mismo modo que he perdido la Francia, respondió el jóven con amargura; á ambas cosas he renunciado.

—¿Y con qué derecho? Que renunciéis á la Francia, lo comprendo; pero las tierras de este señorío no os pertenecen aún.

—Lo sé, caballero; he querido decir que si mañana las heredase de vos...

—Me complazco en creer que no sucederá así.

—Aplacemos la cosa para dentro de veinte años.

—Me haceis demasiado honor, dijo el marqués; pero no me desagrada esa suposición.

—Yo entonces abandonaría esta propiedad y me iría á vivir á otra parte, y de muy distinto modo que vos vivís. Corto sacrificio sería, despues de todo, el abandonar un lugar como este en que todo es ruina y miseria.

—¡Hola! exclamó el marqués contemplando el lujo de que se hallaba rodeado.

—En esta habitacion quedan los ojos satisfechos, repuso el sobrino; pero en el fondo y á la luz del día, sólo existe un vacilante monton de desórdenes, de violentas exacciones, de escandalosas deudas y de repugnantes tiranías, sostenidas por el hambre, la desnudez y las enfermedades.

—¡Hola! exclamó nuevamente el marqués con notable indiferencia.

—Si las tierras de este señorío llegan alguna vez á ser mías, prosiguió el jóven, las confiaré á manos más hábiles que las mías, para que los hijos de los desgraciados que habitan estos campos, en que tanto han sufrido, tengan un porvenir ménos insoportable. Pero tal vez no me sea posible ejecutar este acto de justicia: esta tierra está maldita como la familia que la posee.

—¿Y vos? preguntó el tío, dispensad mi curiosidad; pero acariciando esas ideas, ¿teneis el propósito de vivir?

—Viviré, caballero, como otros muchos y como tal vez tengan que vivir, andando el tiempo, algunos nobles, viviré de mi trabajo.

—¿Probablemente en Inglaterra?

—Sí, caballero, no temais nada; el honor de la familia quedará á salvo, por lo ménos en Francia.

El retintín de la campanilla habia dado la orden de iluminar la habitacion del marqués. Monseñor dirigió una mirada hácia la puerta que daba paso á la habitacion contigua, escuchó atentamente, y aguardó á que se alejase el lacayo para continuar el interrumpido diálogo.

—Por fuerza, dijo, debe tener para vos Inglaterra muchos encantos, porque la posicion que ocupais en ese pais no es muy ventajosa, en honor de la verdad, y creo que no prosperais gran cosa, añadió sonriendo.

—Eso es todo cuanto os debo, segun he tenido ya el honor de manifestaros, caballero. Por lo demás, yo sólo he ido á Inglaterra para buscar allí un refugio, no para allegar riquezas.

—La Inglaterra se vanagloria de ser un asilo para muchas gentes. ¿No conoceis allí á un francés, refugiado como vos en aquella tierra hospitalaria, doctor en medicina?

—Sí, señor.

—¿No tiene una hija?

—Sí, señor.

—Muy bien, dijo el marqués. Celebraré que paseis buena noche; debeis estar rendido.

Al inclinar graciosamente la cabeza, hubo en su mirada y en su sonrisa cierta expresion particular que dió á sus palabras un sello tan misterioso y significativo, que el jóven se quedó sorprendido. Las líneas rectas de sus párpados y de sus lábios, encorvadas por el sarcasmo, da-

ban á su rostro un aspecto infernal que no carecia de cierta belleza.

—¡El doctor tiene una hija! repitió el marqués; ¡muy bien! De este modo inaugura de sus tareas la nueva filosofia. Pero estais cansado: buenas noches, querido sobrino.

Querer leer en el rostro de monseñor, hubiera valido tanto como interrogar á las cabezas de piedra que decoraban el castillo, y el sobrino del marqués le miró inútilmente al atravesar el umbral de la puerta.

—¡Buenas noches! repitió el marqués; hasta mañana por la mañana, que probablemente estareis ménos cansado. ¡Alumbrad y acompañad á este caballero á su habitacion! ¡Así le asáseis en ella! murmuró el tío tirando de la campanilla para que viniesen á desnudarle.

Despues de despedir á su ayuda de cámara, el señor marqués, envuelto en una magnífica bata, comenzó á pasearse por la habitacion para disponerse al sueño. Sus blandas zapatillas se apoyaban sin ruido sobre el entarimado, y sus pasos silenciosos, unidos á la blandura de sus movimientos, le daban cierto carácter felino, como si un encantador le hubiese condenado por sus culpas á tomar la forma de un tigre.

Mientras se paseaba en aquella suntuosa habitacion, el marqués pensó en los últimos incidentes de su viaje, y no pudo desechar de su memoria estos recuerdos; la penosa y larga subida de la cuesta, sus manos enrojecidas por el sol poniente, la bajada en medio de un torbellino de polvo, el pueblo al pié de la colina, la prision sobre el inmenso peñasco, los aldeanos alrededor de la fuente y el peon caminero designando con su gorro azul la cadena de la maniobra del carruaje.

La fuente del pueblo recordó la de París, el pequeño lio de sangrientos harapos colocado sobre el pretil de piedra, las mujeres acurrucadas ante el pequeño cadáver, y

el desdichado padre alzando al cielo las manos y exelamando:— ¡Está muerto!

—Ahora, dijo monseñor, estoy tranquilo y puedo acostarme.

Apagó, ménos una, todas las bujías de los candelabros, dejó caer las cortinas de seda y de gasa, cerró los ojos y se entregó al sueño.

Durante tres horas, las cabezas de piedra que decoraban la fachada contemplaron las tinieblas con sus apagados ojos, agitáronse los caballos ante sus pesebres, ladraron los perros y dejóse oír el canto del buho de muy distinto modo del que suelen suponer los poetas.

Durante tres horas, la más completa oscuridad envolvió todos aquellos contornos y añadió su sombra al silencio que reinaba en el campo. Ya no se divisaban en el cementerio los montoncillos de yerba; la imágen del Cristo hubiera podido desprenderse de la cruz sin que nadie pudiese notarlo, y en el pueblo los cobradores de contribuciones y los contribuyentes dormían á pierna suelta.

Tal vez soñaban con banquetes y festines, como sucede generalmente á las personas que se mueren de hambre; ó con el descanso y el bienestar, como harán probablemente el esclavo y el buey, agobiados bajo el peso del yugo; pero ello es que dormían, y entre tanto olvidaban el hambre y el collar de miseria y se veían libres y suficientemente alimentados.

Durante tres horas, las aguas de la fuente del pueblo y de la del castillo siguieron manando y huyeron á lo léjos como los minutos que el tiempo abandonaba en su camino. Luego, su fugitiva corriente lució su pálido reflejo en medio de las tinieblas, ya ménos profundas, y los leones que decoraban la fachada del castillo vieron despuntar la luz del día. El horizonte empezó á blanquear y se inflamó poco á poco; el sol, despues de haber tocado á la cima de los árboles, coloreó la colina, las cabezas de

piedra se enrojecieron y el agua pareció revuelta en sangre.

El himno de la mañana saludó por todas partes la aparición del día; sobre la ventana de la alcoba de monseñor, dejó oír un pajarillo sus más meliosos trinos; el mónstruo que sostenía las armas del marqués pareció extrañar aquel espectáculo, y en sus ojos fijos y en su boca abierta, veíase la expresion de un verdadero espanto.

A la salida del sol, todo el pueblo se puso en movimiento; abriéronse las ventanas y las puertas, y los trabajadores, tiritando bajo la impresion de un aire vivo y puro, fueron á comenzar sus cotidianas tareas. Aquí varias mujeres lavando, más allá varios hombres y mujeres cavando, sembrando ó estercolando, cuidando sus miserables bestias y conduciendo por los caminos sus escualidas vacas para que pastasen la poca yerba que podían hallar. En la iglesia una ó dos mujeres arrodilladas. En la puerta del cementerio una pobre viuda, cuya cabra rumiaba la yerba que crecía al pié de la cruz.

Las gentes del castillo, segun sus respectivas categorías é inclinaciones, se despertaron un poco más tarde.

Hasta aquí nada se apartaba de los usos y costumbres de cada día.

Pero, ¿por qué se oía el tañido de la campana? ¿Qué significaban aquellas idas y venidas, aquellos rostros espantados, aquella aglomeracion de gentes en la azofea y aquellas botas con espuelas que crugían en el pátio? ¿Por qué se ensillaban á toda prisa los caballos?

¿Por qué los lanzaban á rienda suelta por la vertiente de la colina?

¿Ha sido el viento quien ha llevado la nueva de aquel tumuito al peon caminero, ocupado ya en su trabajo, y cuyo alimento del día, que no llamaria la atencion de una corneja, descansa sobre un monton de piedras? ¿Han

sido los pájaros, que diseminan las simientes, los que han dejado, por casualidad, caer cerca de él algunas partículas de la noticia? Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el peon caminero, dejando en mitad de la carretera sus herramientas y su zurrón, bajó la cuesta corriendo como si el diablo le persiguiese, y no se detuvo hasta llegar á la fuente.

Halló en ella á todos los vecinos del pueblo hablando en voz baja y con gran animación, pero sin revelar nada mas que la sorpresa y la curiosidad. Las vacas miraban ante sí con estúpido aspecto y tendidas sobre el suelo, rumiaban lentamente, sin que aquel mezquino alimento pudiera indemnizarles de su trabajo. Al otro lado de la calle, y más ó ménos armados, hallábanse varios servidores del castillo, algunos postillones y todos los cobradores de impuestos del pueblo.

El peon caminero se mezcló á un grupo de cincuenta amigos íntimos, agitando vivamente su gorro azul.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué presagia el acto de subir M. Gabelle á la grupa del caballo de un criado de monseñor, que, á pesar de su doble carga desaparece como el corcel de la balada alemana?

Significa que hay en el castillo una imagen de piedra que nadie esperaba ver.

La Medusa habia visitado durante la noche el edificio para añadirle la única cabeza que faltaba á aquella noble morada hacía más de dos siglos: sobre la almohada del marqués reposaba la cabeza de un hombre despertado repentinamente, lleno de furor y petrificado en medio de su cólera. En el pecho de aquel hombre se halló un cuchillo clavado en mitad del corazón; en el pomo del cuchillo estaba sujeto un papel, y en aquel papel se leían estas palabras:

*De parte de Jacobo.*

## CAPÍTULO X.

### Dos promesas.

Algunos meses despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Carlos Darnay se hallaba establecido en Lóndres, en donde enseñaba el francés. Hoy se le llamaria profesor; en aquella época era sencillamente un maestro de lenguas. Tenia una academia destinada á los jóvenes que disponian de suficiente tiempo para cultivar una lengua viva, que se hablaba en todo el mundo, y procuraba por todos los medios imaginables difundir entre sus discipulos el gusto de la literatura francesa, cuyas bellezas ponía de relieve en la lengua inglesa más correcta.

En aquellos tiempos, semejantes maestros eran raros; los príncipes que un día debían subir al trono, no enseñaban aún las ciencias de que más tarde debían dar lecciones; los nobles, que estaban inscritos en el gran libro de Tellson, no se hallaban aún reducidos á dirigir una cocina ó ser carpinteros.

El joven maestro de lenguas, gracias al talento que poseía, á la extension de sus conocimientos y al encanto de su buena imaginacion y de sus modales, no tardó en darse á conocer. Hallábase, por otra parte, tan al corriente de los sucesos de su país, cada vez más interesantes, que este era un nuevo motivo para que se viese solicitado.

Si al venir á Lóndres hubiese creído llegar á amontonar tesoros, hubiera, sin duda alguna, experimentado una amarga decepcion. Pero habia pedido trabajo, lo habia obtenido, desempeñaba celosamente sus tareas y este era todo el secreto de su fortuna. Daba lecciones en la universidad de Cambridge, en donde se le toleraba que pasase como contrabando las riquezas de una lengua